

Dino Buzzati

# SIETE PLANTAS

Ilustraciones de  
Juan Berrio

Traducción de  
Miguel Ángel Cuevas



Siete plantas tiene el afamado sanatorio al que Giuseppe Corte llega aconsejado para tratarse de una dolencia, con la ilusión de su segura recuperación. A pesar de una prometedora primera impresión ante el edificio y del trato amable de los profesionales que le reciben, pronto se verá arrastrado por un peculiar sistema que lo hará descender de planta en planta entre temores de dudosas intenciones.

Siete plantas es uno de los más conocidos y mejores relatos de Dino Buzzati. Un libro esencial que nos hará reflexionar y que contiene tanta información sobre aspectos concretos de la actitud de los seres humanos ante la enfermedad y la muerte, así como sobre ciertas maneras, nada recomendables, de practicar la medicina en el marco de una institución cerrada, que constituye un excelente material pedagógico. Una demoledora crítica de la maquinaria que, se supone, debe estar a cargo de velar por la salud de los enfermos.

Tras su primera aparición en 1937, este envolvente relato del aclamado escritor y periodista italiano se incluyó en varias de sus antologías publicadas en vida, pues el propio Buzzati lo contaba entre sus «cosas mejores». La presente edición viene acompañada de las sutiles ilustraciones de Juan Berrio.

## NOTA DEL TRADUCTOR

Tras su publicación en la revista *La Lettura* en 1937, *Siete plantas* es uno de los cuentos que Dino Buzzati incluye, según propio testimonio, entre sus «cosas mejores»: luego de haber formado parte del volumen *Los siete mensajeros* (1942) pasa a las auto-antologías *Sesenta relatos* (1958) y *La boutique del misterio* (1968). Su trama, por otra parte, constituye la armadura de la segunda mitad de la pieza teatral *Un caso clínico* (1953).

Con una dicción sobria, neutra, cercana a la fría reiteración formularia de un obituario, el escritor conduce a personaje y lector a través de una espiral descendente por dantescos círculos (o plantas) infernales (hospitalarias). A diferencia del primero de los cánticos de la *Divina Comedia*, sin embargo, al final del embudo no hay oscuro pasadizo alguno que devuelva al aire del día: el itinerario concluye en la obstrucción definitiva de la luz. La más inane de las cotidianidades, como la más gris de las crónicas o la más grotesca de las muecas, vela la monstruosidad del germen emboscado de una llaga sin sangre y sin cauterio, de un grito inarticulado, de un abandono sepulcral.

En sus diversas ediciones, el relato presenta pequeñas variantes, de las que da cuenta la más reciente y autorizada, publicada en el volumen preparado por G. Carnazzi *Opere scelte (Obras escogidas)*, Meridiani Mondadori, Milán 1998, 6.<sup>a</sup> ed., 2007). La traducción parte del texto aquí recogido, que repropone la lección de 1958, última de las que incorpora modificaciones de mano del autor.

MIGUEL ÁNGEL CUEVAS

## SIETE PLANTAS

Tras un día de viaje en tren, Giuseppe Corte llegó, una mañana de marzo, a la ciudad en la que se encontraba la famosa clínica. Tenía algo de fiebre, pero aun así quiso ir caminando desde la estación al hospital, llevando consigo su maletín.

A pesar de que la suya era una manifestación ligera y muy incipiente, a Giuseppe Corte le habían aconsejado recurrir al célebre sanatorio, en el que se trataba exclusivamente aquella dolencia. Eso garantizaba una excepcional competencia y el más racional y eficaz acondicionamiento de las instalaciones.

Al divisarlo a lo lejos –lo reconoció porque había visto una fotografía en un folleto publicitario– Giuseppe Corte tuvo una óptima impresión. El blanco edificio de siete plantas estaba orlado de entrantes que le daban la vaga fisonomía de un hotel. A su alrededor, un recinto de altos árboles.

Tras un sumario reconocimiento médico, a la espera de más detenidas pruebas, se le asignó una agradable habitación de la séptima y última planta. Los muebles eran claros y pulcros, al igual que las tapicerías, los sillones de madera, los cojines revestidos de polícromas telas. La vista se extendía sobre uno de los mejores barrios de la ciudad. Todo era tranquilo, acogedor, apacible.

Giuseppe Corte se tumbó de inmediato y, encendiendo la lámpara a la cabecera de la cama, empezó a leer un

libro que había traído consigo. Poco después entró una enfermera a preguntarle si deseaba algo.

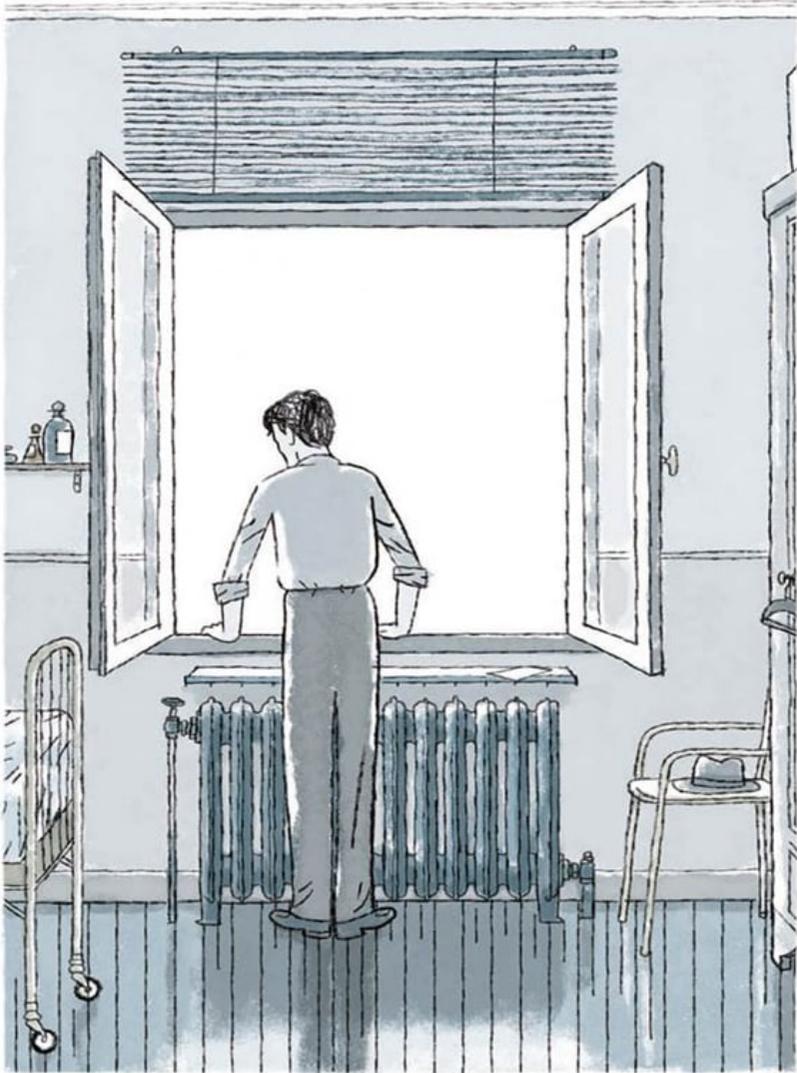
Giuseppe Corte no deseaba nada, pero se dispuso gustoso a conversar con la joven, solicitándole información sobre la clínica. Vino así a conocer la extraña característica de aquel hospital. Los enfermos eran distribuidos en una u otra planta según la gravedad. La séptima, o sea la última, era para los casos más leves. La sexta estaba destinada a pacientes menos graves, pero a los que no se podía descuidar. En la quinta se trataban las afecciones serias, y así sucesivamente, planta por planta. En la segunda estaban los enfermos muy graves. En la primera, los desahuciados.

Tan singular sistema, además de agilizar notablemente el servicio, impedía que un enfermo leve pudiera resultar turbado por un compañero agonizante, y garantizaba en cada planta una atmósfera homogénea. Por otro lado, el tratamiento podía así graduarse de modo cumplido.

Derivaba de ello que los pacientes resultaran divididos en siete progresivas castas. Cada planta era como un pequeño mundo en sí misma, con sus reglas particulares, sus especiales tradiciones. Y puesto que cada sector se confiaba a un médico distinto, se habían constituido concretas, bien que mínimas, diferencias metodológicas en el tratamiento, a pesar de que el director general hubiera impuesto a la institución un único y fundamental carácter.

Cuando la enfermera hubo salido, Giuseppe Corte, persuadido de que la fiebre había pasado, se acercó a la ventana y miró hacia afuera, no para observar el panorama de la ciudad, aunque no la conocía, sino con la esperanza de descubrir, tras sus ventanas, a otros pacientes de las plantas inferiores. La estructura del edificio, con sus grandes entrantes, permitía ese género de observación. Giuseppe Corte concentró sobre todo su atención en las ventanas de la primera planta, que aparecían lejanísimas, y que se percibían apenas sesgadamente. Y nada de interesante

pudo ver. Estaban en su mayoría cerradas a cal y canto por grises persianas correderas.



Corte se dio cuenta de que en una ventana junto a la suya había un hombre asomado. Ambos se observaron un

buen rato con creciente simpatía, pero no sabían cómo romper el silencio. Por fin Giuseppe Corte se animó y dijo:

–¿También usted está aquí desde hace poco?

–No, no –dijo el otro–, estoy aquí desde hace ya dos meses... –Calló unos instantes y luego, no sabiendo cómo continuar la conversación, añadió–: Miraba a mi hermano, ahí abajo.

–¿A su hermano?

–Sí –explicó el desconocido–. Entramos juntos, un caso verdaderamente extraño, y él ha ido empeorando, piense que ahora está ya en la cuarta.

–¿En la cuarta qué?

–En la cuarta planta –explicó el individuo, y pronunció las dos palabras con tal expresión de conmiseración y de horror que Giuseppe Corte casi se asustó.

–Pero ¿tan graves están los de la cuarta planta? –preguntó con cautela.

–Hombre... –dijo el otro, meneando lentamente la cabeza–, no es que sean casos desesperados, pero tienen poco de que estar contentos.

–Entonces... –siguió preguntando Corte con jovial desenvoltura, como la del que alude a cosas trágicas que no le afectan–, entonces, si la planta cuarta es para casos tan graves, ¿a la primera entonces a quién mandan?

–Ya..., a la primera van realmente los moribundos. Allá abajo los médicos ya no tienen nada que hacer. Solo hay trabajo para el sacerdote. Por lo tanto...

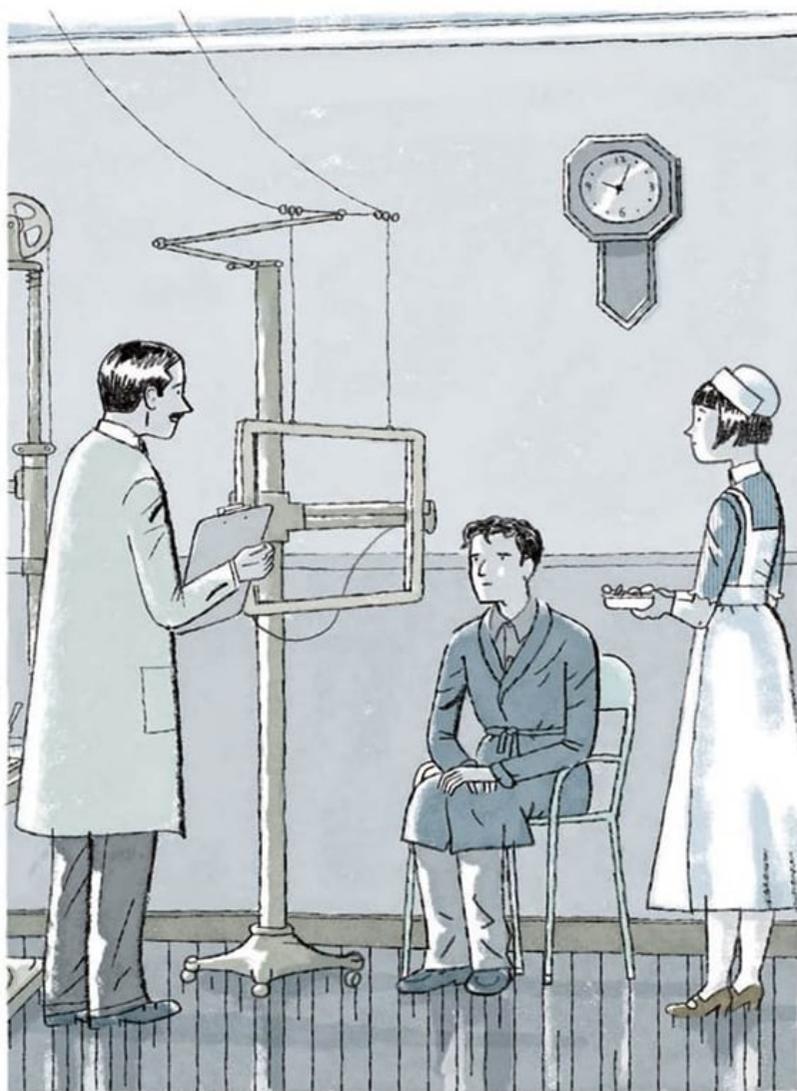
–Pero hay pocos en la primera planta –lo interrumpió Giuseppe Corte, como si estuviera ansioso por confirmarlo–, allá abajo casi todas las habitaciones están cerradas.

–Hay pocos ahora, pero esta mañana había bastantes –respondió el desconocido con una ligera sonrisa–. Allí donde las persianas están bajadas hace poco que alguien se ha muerto. Además, ¿no ve en las otras plantas todos los postigos abiertos? Perdone..., pero –añadió retirando-

se lentamente— parece que empieza a hacer frío. Me vuelvo a la cama. Buena suerte...

El tipo desapareció del antepecho y la ventana se cerró con energía; luego se vio que dentro encendían una luz. Giuseppe Corte siguió inmóvil en la ventana escrutando las persianas bajadas de la primera planta. Las escrutaba con una intensidad morbosa, intentando imaginar los fúnebres secretos de aquella terrible primera planta a la que se confinaba a los enfermos para morir; y se sentía aliviado sabiéndose bien lejos. Caían entretanto sobre la ciudad las sombras del anochecer. Una a una se iluminaban las innumerables ventanas del sanatorio, desde lejos podría dar la impresión de un edificio en fiestas. Solo en la primera planta, allá abajo al fondo del precipicio, decenas y decenas de ventanas permanecían ciegas, oscuras.

Los resultados del reconocimiento general serenaron a Giuseppe Corte. Propenso por lo común a prever lo peor, se había preparado en su fuero interno para un severo veredicto y no le habría sorprendido que el médico le hubiera comunicado que tendría que ser asignado a la planta inferior. A pesar de que las condiciones generales siguieran siendo buenas, la fiebre de hecho no daba señales de desaparecer. Sin embargo el facultativo se dirigió cordialmente a él con palabras alentadoras. Estábamos ante un brote de la dolencia —le dijo— pero muy leve; en dos o tres semanas probablemente todo habría pasado.



—Entonces ¿me quedo en la séptima planta? —había preguntado ansioso Giuseppe Corte en ese momento.

—¡Por supuesto! —le había respondido el médico dándole amigables palmadas en el hombro—. ¿Dónde pensaba tener que irse? ¿A la cuarta, tal vez? —le preguntó riéndose, como aludiendo a la más absurda de las hipótesis.

—Mejor así, mejor así —respiró Corte—. ¿Sabe? Cuando uno está enfermo se imagina siempre lo peor...

En efecto, Giuseppe Corte permaneció en la habitación que le había sido asignada en principio. Trabajó con algunos de sus compañeros de planta, algunas raras tardes en las que le fue permitido levantarse. Siguió escrupulosamente el tratamiento, puso todo su empeño para restablecerse con rapidez; y sin embargo sus condiciones parecían permanecer estacionarias.

Pasados alrededor de diez días, el enfermero jefe de la séptima planta se presentó ante Giuseppe Corte. Tenía un favor que pedirle, de carácter puramente amistoso. Al día siguiente ingresaría en el hospital una señora con dos niños. Había dos habitaciones libres, justo al lado de la suya, pero hacía falta una tercera. ¿Accedería el señor Corte a trasladarse a otra habitación igualmente confortable?

Como es natural, Giuseppe Corte no manifestó inconveniente alguno; le era indiferente esta o aquella habitación; quizá hasta le tocara una enfermera nueva, más agradable.

—Se lo agradezco en el alma —fue la respuesta del enfermero jefe, con una ligera inclinación—; en una persona como usted le confieso que no me extraña tan gentil y caballerosa acción. Dentro de una hora, si no hay objeción por su parte, procederemos al traslado. Tenga en cuenta que es preciso bajar a la planta inferior —añadió con la voz atenuada como si se tratara de un detalle absolutamente nimio—. Desgraciadamente en esta planta no hay otras habitaciones libres. Pero es un acomodo absolutamente provisional —se apresuró a aclarar al ver que Corte, incorporándose de golpe, estaba por proferir alguna protesta—; un acomodo absolutamente provisional. En cuanto quede libre una habitación, creo que será en dos o tres días, podrá usted regresar aquí arriba.

—Le confieso —dijo Giuseppe Corte sonriendo, para demostrar que no era un chiquillo—, le confieso que un tras-

lado de este tipo no me gusta nada.

–Pero no hay motivo médico alguno en este traslado; entiendo perfectamente lo que usted quiere decir, se trata solo de un acto de cortesía con la señora que prefiere no estar separada de sus niños... ¡Por Dios! –añadió riendo abiertamente–, ni se le ocurra pensar que haya otro tipo de razones.

–Sea lo que sea –añadió Giuseppe Corte–, me parece de mal agüero.

Corte pasó pues a la sexta planta, y por más que estuviera convencido de que este traslado no era debido a un empeoramiento de la enfermedad, se sentía a disgusto al pensar que entre él y el mundo normal, el de la gente sana, se interponía ya un claro obstáculo. En la séptima planta, estación de destino, se estaba aún en cierto modo en contacto con la comunidad humana; es más, la séptima casi podía considerarse una prolongación del mundo habitual. Pero en la sexta se entraba ya en el auténtico cuerpo del hospital; la mentalidad de los médicos, de las enfermeras y de los propios enfermos era ya ligeramente distinta. Se admitía que a quienes se atendía en aquella planta eran ya verdaderos enfermos, aunque no lo fueran de gravedad. Desde las primeras conversaciones con los vecinos de habitación, con los empleados y el personal sanitario, Giuseppe Corte percibió que en aquella unidad a la séptima planta se la tomaban como en broma, un espacio reservado a enfermos aficionados, afectos de aprensión más que otra cosa; solo en la sexta, por decirlo de algún modo, se empezaba de verdad.



En cualquier caso, Giuseppe Corte comprendió que para regresar arriba, al sitio que le correspondía por las características de su enfermedad, encontraría sin lugar a dudas ciertas dificultades; para regresar a la séptima planta habría de ponerse en marcha un complejo organismo, por más que fuera mínimo el esfuerzo; era indudable que

si él callaba la boca nadie se iba a ocupar de volver a trasladarlo a la planta superior, la de los «casi sanos».

Giuseppe Corte se propuso por ello no transigir acerca de sus derechos y no ceder a la molicie de la costumbre. Le era de suma importancia aclarar con sus compañeros de sección que se encontraba entre ellos solo por unos cuantos días, que había bajado de planta por su propia voluntad para hacer un favor a una señora, y que en cuanto quedara libre una habitación volvería arriba. Ellos lo escuchaban sin interés, asintiendo con escasa convicción.

El convencimiento de Giuseppe Corte fue plenamente confirmado por el juicio del nuevo médico. Él mismo admitía que Giuseppe Corte podía muy bien ser asignado a la séptima planta; era el suyo un brote ab-so-lu-ta-men-te li-ge-ro –y vocalizaba tal definición para darle importancia –, pero en el fondo consideraba que en la sexta planta Giuseppe Corte podría ser mejor atendido.

–No mepecemos con estas historias –intervení a este punto el enfermo con decisión–; usted me ha dicho que mi sitio es la planta séptima; pues quiero volver.

–Nadie dice lo contrario –le replicaba el doctor–; el mío era un puro y simple consejo, no como mé-di-co, ¡sino como un au-tén-ti-co a-mi-go! Su brote, le repito, es muy ligero, no sería exagerado decir que no está usted siquiera enfermo, pero a mi parecer se distingue de brotes análogos por una cierta mayor extensión. Me explico: la intensidad de la enfermedad es mínima, pero la amplitud considerable; el proceso destructivo de las células –era la primera vez que Giuseppe Corte oía allí dentro esa siniestra expresión–, el proceso destructivo de las células está en sus meros inicios, quizá ni siquiera haya comenzado, pero tiende, digo solo *tiende*, a afectar simultáneamente a vastas porciones del organismo. Solo por esto, a mi parecer, puede usted ser atendido con mayor eficacia aquí, en la sexta, donde los métodos terapéuticos son más específicos e intensos.

Un día le refirieron que el director general de la clínica, tras largas consultas con sus colaboradores, había decidido modificar la repartición de los pacientes. El grado de cada uno de ellos resultaba rebajado, por decirlo de algún modo, en medio punto. Admitido que en cada planta se dividiera a los enfermos, según la gravedad, en dos categorías (subdivisión que de hecho llevaban a cabo los respectivos médicos, pero para exclusivo uso interno), la inferior de estas dos mitades quedaba trasladada de oficio a la planta de abajo. Por ejemplo, la mitad de los enfermos de la planta sexta, los de las manifestaciones ligeras más desarrolladas, tenían que pasar a la quinta; y los menos leves, de la séptima a la sexta. La noticia plació a Giuseppe Corte, porque en un cuadro de traslados tan articulado, su regreso a la séptima planta resultaría mucho más fácil.

Cuando le comentó a la enfermera tal esperanza, se topó con una amarga sorpresa. Porque vino a saber que lo trasladarían, pero no a la séptima, sino a la planta inferior. Por motivos que la enfermera no sabía explicarle, había sido incluido en la mitad más «grave» de los pacientes de la sexta planta y debía por lo tanto bajar a la quinta.

Pasada la sorpresa inicial, Giuseppe Corte montó en cólera; gritó que era una engañifa, que no quería ni oír hablar de más traslados a plantas inferiores, que se volvía a su casa, que los derechos eran los derechos y que la administración del hospital no podía pasar por alto tan descaradamente los diagnósticos clínicos.